

BABEL

REVISTA DE BIBLIOGRAFIA

ADMINISTRACION

ENTRE RIOS 1585

U. T. 23 Buen Orden 4219

Director: SAMUEL GLUSBERG

DIRECCION

RIVERA INDARTE 1030

U. T. 66 Flores 6653

5 CTS.



LEOPOLDO LUGONES

El poeta de "Los Crepúsculos del Jardín" a quien le está dedicado por entero este número de Babel.

BABEL

BIBLIOTECA ARGENTINA DE BUENAS EDICIONES LITERARIAS

Editor: SANTIAGO GLUSBERG

OBRAS PUBLICADAS

SERIE A

* I LEOPOLDO LUGONES: LAS HORAS DORADAS	\$ 2.50
** II ALBERTO GERCHUNOFF: LA JOFAINA MARAVILLOSA	„ 2.50
** III ARTURO CAPDEVILA: LA FIESTA DEL MUNDO	„ 2.00
* IV RAFAEL ALBERTO ARRIETA: FUGACIDAD	„ 2.00
**** V LEOPOLDO LUGONES: ESTUDIOS HELENICOS	„ 5.00
* VI BENITO LYNCH: LAS MAL CALLADAS	„ 2.00
* VII GONZALEZ MARTINEZ: EL ROMERO ALUCINADO	„ 2.50
** VIII HORACIO QUIROGA: HISTORIA DE UN AMOR TURBIO	„ 2.00
* IX LUIS L. FRANCO: LIBRO DEL GAY VIVIR	„ 2.50
X RAFAEL ALBERTO ARRIETA: LAS HERMANAS TUTELARES	„ 2.50
** XI LEOPOLDO LUGONES: ODA S SECULARES	„ 2.50
XII R. SAENZ HAYES: DE STENDHAL A GOURMONT	„ 3.00
*** XIII C. NALE RONLO: EL GRILLO	„ 2.00
* XIV GUILLERMO ESTRELLA: LOS EGOISTAS	„ 2.50
XV EVAR MENDEZ: EL JARDIN SECRETO	„ 2.00
* XVI MANUEL LUGONES: POEMAS MEDIOEVALES	„ 2.00
XVII MARIO BRAVO: CUENTOS PARA LOS POBRES	„ 2.00
XVIII MARTIN GIL: AGUAMANSÁ	„ 2.00
XIX HORACIO QUIROGA: EL DESIERTO	„ 2.50
** XX LEOPOLDO LUGONES: FILOSOFICULA	„ 2.50
* XXI SAMUEL GLUSBERG: LA LEVITA GRIS	„ 2.00
XXII E. MENDEZ CALZADA: NUEVAS DEVOCIONES	„ 2.00
XXIII NICOLAS CORONADO: DESDE LA PLATEA	„ 2.50
XXIV LEOPOLDO LUGONES: CUENTOS FATALES	„ 2.50
** XXV LEOPOLDO LUGONES: ROMANCERO	„ 2.50
*** XXVI HORACIO QUIROGA: CUENTOS DE AMOR	„ 2.50
XVII LUIS CANE: MAL ESTUDIANTE	„ 2.00
** XXVIII ALFONSINA STORNI: O C R E	„ 2.50
XXIX GUZMAN SAAVEDRA: LOS PROVINCIANOS	„ 2.—
XXX JOSE PEDRONI: GRACIA PLENA	„ 2.—
XXXI B. SANINCANO: LA CIVILIZACION MANUAL	„ 2.50
XXXII REGA MOLINA: LA VISPERA DEL BUEN AMOR	„ 2.—
XXXIII LUIS L. FRANCO: LOS HIJOS DEL LLASTAY	„ 2.—
XXXIV ALFREDO ORGAZ: PENUMBRA	„ 2.—
XXXV ARTURO CAPDEVILA: LOS PARAISOS PROMETIDOS	„ 2.50
XXXV JOSE PEDRONI: LA GOTA DE AGUA	„ 2.—
XXXVI LEOPOLDO LUGONES: LOS CREPUSCULOS DEL JARDIN	„ 2.50

SERIE B

I ENRIQUE HEINE: LAS NOCHES FLORENTINAS	„ 2.
II ALBERTO SAMAIN: CUENTOS	„ 2.—
III FITZ MAURICE KELLY: MANUAL DE LA HISTORIA	„ 3.—

Agotado

** Segunda Edición

*** Tercera Edición

**** Encuadrado en tela

BABEL

REVISTA DE BIBLIOGRAFIA

ADMINISTRACION

ENTRE RIOS 1585

U. T. 23 Buen Orden 4219

DIRECCION

RIVERA INDARTE 1050

U. T. 66 Flores 6653



SEGUNDA EPOCA

BUENOS AIRES,

MAYO DE 1926

NUMERO 19

Número dedicado a don Leopoldo Lugones

Un homenaje y una reedición

por Samuel Glusberg

HACE cuatro años, al cumplirse el vigésimo quinto aniversario de la aparición del primer libro de Lugones, proyecté con varios amigos un homenaje digno del acontecimiento. Tratábase de las bodas de plata de "Las Montañas del Oro" y soñamos una fiesta tan fabulosa que nunca llegó a realizarse...

Las conferencias patrióticas que Lugones pronunció por aquella época en el Coliseo, malograron con su escándalo militarista nuestra iniciativa. El distinguo necesario entre las ideas políticas del orador y las estéticas del poeta no era cosa fácil. Muchos de sus admiradores pacifistas prefirieron declarar la guerra negándolo en absoluto. Hubo quien le reconoció talento poético; pero sólo hasta la vispera...

Con todo, un año después, y en ausencia de Lugones, el homenaje quedó realizado mediante la presentación colectiva de sus últimos cuatro libros al Concurso Literario Nacional. Cerca de cien artistas — poetas, escritores, críticos, — firmaron la presentación que un jurado acaba de consagrar con el premio máximo del año 1924.

Eso en lo que se refiere al homenaje y a su historia...

En cuanto a la presente entrega que yo anuncié con motivo de una nueva edición de "Los Crepúsculos del Jardín", apenas si debe considerarse, por coincidencia, un suplemento... Se trata sólo del material que he tenido más a mano. No de todo el que merece reunirse sobre la vasta labor lugoniana.

Inaugura estas páginas un admirable soneto de Fernández Moreno, que pinta al maestro de cuerpo entero. Sigue un curioso artículo de Horacio Quiroga—

publicado en "Tribuna" de 1905 — que dice la admiración que suscitaban los versos de Lugones en el escritor novel de aquella época. Después, Sanín Cano, Gerchunoff y Ventura García Calderón comentan magistralmente el significado de Lugones en América. Luego, tras de un poema inédito del maestro, y unos versos circunstanciales de Rafael Barrios, vienen cuatro juicios críticos de Gabriela Mistral, José Vasconcelos, Nicolás Coronado y Roberto F. Giusti.

Por último, completan la entrega dos ensayos dignos también de ser conocidos: uno muy fino y sutil del Dr. Amador Lucero; otro muy justo y leal del profesor Pereira Rodríguez.

Además, estas líneas que, a fin de ahorrarme explicaciones personales, copio del "Repertorio Americano" para los muchos mentecatos que andan por ahí:

"Cuando Samuel Glusberg se interesa por la defensa literaria de Lugones, aunque en lo político disienta de él, es porque en la amplitud del medio bonaerense se logra imponer la necesidad de oír todas las voces sin pasarlas por el filtro de las capillas".

La frase, más que un elogio de mi libertad de espíritu, resulta un epigrafe a todo lo que sigue. Por eso, tengo verdadero placer en recogerla como director responsable de BABEL.

SONETO

Cuando empezó a cantar el alma mía,
Bastaba solo murmurar Lugones,
Para ver levantarse dos torreones
De piedra y hierro al corazón del día.

Quise ver al señor de poesía,
De su castillo alcé los aldabones,
Y me asustaron como tres leones
Su fuerza, su salud y su alegría.

Pero hoy dimos en una encrucijada,
Venía el hombre de jugar la espada
Y era todo calor, rima, denuedo,

Chispas el ojo, juventud el tallo.
Hoy caminamos juntos por la calle...
¡Hoy le he perdido para siempre el miedo.

FERNÁNDEZ MORENO.

COPYRIGHT BY BABEL

Los Crepúsculos del Jardín

por

Horacio Quiroga

Yo tuve siempre la seguridad de escribir algo cuando aparecieran *Los Crepúsculos del Jardín*. Primero de todo, como manifestación de mi propio gozo; segundo, por la potencia de su autor; tercero, en homenaje a mis primeros entusiasmos. Como es común relatar en estos casos el conocimiento personal que del autor se tuvo — y esto implica el mérito de variar lo escrito, aligerando no poco la ineludible gravedad judicial que tales cosas suponen — contaré a mi vez que en 1896 leí la *Oda a la desnudez*, primera obra suya que conocí. Sentíme lleno de tal alegría, que le llamé repetidas veces hombre de genio. Aun hoy que no siento tales sobresaltos de emoción, el vocablo se me sube a los labios, sobre todo cuando — como ahora — revivo mis impresiones. Al año siguiente leí *Las montañas del oro*, y sucesivamente algunas poesías, muy pocas. Llegué así a 1900, sin conocer de este hombre nada, ideas, modo de ser, actuación estrepitosa; apenas un amigo que le había conocido antes, y una caricatura en *Caras y Caretas*. Para mí, tan lleno de fresco entusiasmo, la ignorancia de todo dato poetizaba su figura al extremo de suponerlo indio, muy indio, hurao, hercúleo y violento. Por lo demás, inabordable, sobre todo para mí con mi ridícula espontaneidad de joven adorador.

Un día en compañía de un amigo en igual crisis, fuimos a verle.

Nos presentamos sin tarjeta alguna, corriendo la hermosa aventura. Esperamos largo rato, pues la hora más que matinal excusaba toda demora mientras saboreábamos a dúo la emoción de la

ruda silueta poética del que debía aparecer en la puerta. Fué así que en su lugar se presentó un hombre blanco, de expresión cualquiera, juvenalizado por un fresco pyjama. La única conciencia de ser él quien buscábamos provenía de un vago parecido con la caricatura. Pero tanto le conocía en mí mismo, que inconscientemente le presenté a mi amigo, y en seguida me presenté yo. Habíamos toda la mañana, poco de letras.

Este recuerdo será duradero, ¿por qué no? Quien haya sentido una grande admiración — en mí era absoluta — comprenderá el abrazo que nos dimos con mi compañero cuando nos hallamos de nuevo en el carruaje.

¡Estábamos tan contentos!

Después hemos sido amigos; y este contratiempo — en el viejo concepto de coartar un libre juicio — existe en realidad, restringiendo la franqueza, tan grande cuando no hay conocimiento personal. Pero no me refiero al amor que puede impedir reprobar; todo lo contrario. Por ese mismo cariño hay ciertos impulsos de noble admiración que cuestan decirse, por pudor, por haberse familiarizado ya uno con ellos, y sobre todo por aquello de ser menos expresivo con el amigo más querido en una despedida.

La obra de Lugones tiene tres fases, caracterizadas en *Oda a la desnudez*, *Los doce gozos* y *Emoción aldeana*. La primera y sus congéneres llenan *Las Montañas del Oro*. Las otras dos pertenecen a *Los crepúsculos*.

¡*Los doce gozos!* Muy curioso es la impresión que sentí al leerlos. Estaba en cama, convaleciendo y con un poco de fiebre aún, exactamente como una joven que debe leer a Flores por primera vez. Hace de esto cinco años. Mi emoción fué tanto más fuerte cuanto que no conocía de Lugones sino el lado violento con sus grandes adentanes de *Las Montañas*. Ahora bien; lo que más me llamó la atención fué que — a pesar de la honda armonía de cada soneto — todo él solía estar dislocado, cuartetos y tercetos sin conexión alguna. Casi todos ellos concluían tan lejos de lo sugerido al principio como era posible. Cada verso era a veces un cuadro completo y aparte con su propia alma colorida. Sucédale otra impresión de otro mirarle ya. El final asimismo solía ser una cosa muy distinta, pero que encuadraba maravillosamente las diversas sugerencias. ¿En qué consistía esta prodigiosa y disparatada armonía? Mucho me preocupó eso, siendo, como es, lo más característico de la poesía de Lugones. Poco o mucho se halla en todas sus composiciones. Pero aquellas doce familias, en que los hermanos y hermanas se parecían muy poco, dando sin

embargo, toda ella la armonía de misma serena sangre, eran excesivamente lujosas, un lujo flotante de quisimo drama inconsistente más todo aliento de lujo, de tan poder sugestión, que lo que se veía no era tamente lo descrito sino lo que para haber sido el éxtasis de ese país. La misma clásica pareja se halla siempre en una situación insostenible con una vida tan fugaz como encandora. Si la frase tiene aun influencia se puede decir de esos personajes que eran una creación poética.

Por otro lado, gocé extraordinariamente con lo extraño de los consonantes. Hubo sucesión de éstos — los *La alcoba solitaria*, por ejemplo, que me ofrecieron toda la emoción una carrera. Fué para mí esta dificultad doble goce — bella versificación de gran poeta, — y no puedo menos que recordar aquí el distinguido prichoso que hace la gente sencilla entre poeta y artista.

La facultad de armonía a contrape — e insisto porque es lo más notable, — le diferencia en un todo de todos, y enormemente de Heredia y Smain, por citar dos maestros del soneto. De las obras suyas *El ramillete*, *El ángulo* y *La vejez de Anacreonte*, sea otra cosa, en su condición de impresión directa. *Hortus deliciarum*, *El solterón*, *Romántica*, *Melancolía*, *La Soledad* tienen el mismo sello de rima difícil y nobleza de personajes, pasan mancha bajo las palabras, tan albos que sus cualidades parecen simplemente aludidas. Sobre todo la distinción de caracteres, paisajes, rimas, bien visibles en *solterón*, la obra más perfecta de Lugones, sin que ello quiera decir la más alta.

Este noble título corresponde, según creo — y esto supone en arte mi completa convicción — a *Aquel día*, escrito en 1898. Anoto la fecha para recordar lo prematuro de esa producción con su llanto de antiguo y candoroso dolor humano, sin pudor, fluido, argu-

mentado, contado, anterior y superior a *Los doce gozos*, mucho más literarios. Tiene *Aquel día*... toda la ilógica armonía que caracteriza a aquéllos.

Los cuatro amores de Dryops, *Cisnes negros*, *New Mown Hay*, *La coqueta*, *El mal inefable*, *Ave mía gratia plena* y *Rosas de tu sendero*, se inclinan a mayor sencillez de expresión — de afecto sobre todo, — y así normalmente se llega a *Emoción aldeana*, la cosa frecuente y peculiar a todo el mundo dicha en claro, con ausencia de toda poesía literaria, amando el justo y no fácil lugar común, con ambiente diario, yendo toda ella en una brava fluidez vagamente irónica.

Todo todo, no es cosa literaria, Dios mío! Era un barbero que tenía dos hijas, nada más. Lo batallante de esa sencillez desaparece ante la su gran verdad. La misma ausencia de adjetivos humaniza más a las dos muchachas esas, perfectamente individualizadas en su sustantivo claro, todo sustancia. Esto supone orientación al arte del hombre, no de la belleza, algo de la severa rectitud que se tuvo antes cuando se escribía sin el propósito de hacer obra de arte. Junto con esa falta de toda complicación académica va la muerte del estilo, hijo querido de la literatura. Y así por huir de él se llega a hacer estilos difícilísimos, probando dolorosamente que ni aun se puede juzgar con estas palabras.

Las loas de nuestra servidumbre siguen el mismo curso de río frecuentado, bien lejano de los lejanos Tocantinos que despiertan ensueños literarios. Interiores en conjunto a *Emoción aldeana* — o más bien al grado intelectual que ésta supone, siendo acaso el motivo que hace amarla — el último canto revive, la inquietud excesiva de ciertas cosas bastante anormales, y su cuarta estrofa sintetiza otra característica de Lugones: exaltación de elementos poco literarios, anchura de paisaje para situaciones diarias, y gran vuelo poético de episodios creídos siempre bien vulgares....

De *Tribuna*, 1905.

Un libro siempre nuevo

por

B. Sanin Cano

HA aparecido una nueva edición de "Los Crepúsculos del Jardín", el segundo tomo de versos debido a la inspiración juvenil de Leopoldo Lugones. Era una necesidad de los países de habla española. La primera edición, de pocos ejemplares, desapareció del mercado de libros con la rapidez con que se pierden en el arrenal sediento las gotas de lluvia. Para satisfacer el anhelo de los numerosos admiradores que ese libro le ha suscitado al originalísimo poeta argentino, han hecho su agosto editores clandestinos, libreros piratas, las revistas literarias del continente y muchos poetas errantes que confiados en la escasa información de los auditorios daban por suyo lo que el ingenio de Lugones había inventado. El libro llegó, pues, antes de su segunda edición, a gozar de todos los privilegios de la fama. Primero circuló uiano en veste nueva, con el aroma penetrante y áspero del papel recién impreso, por todas las comarcas de lengua española. Más luego aparecía como mercancía codiciada en la tienda del anticuario o se escondía recelosamente en los estantes de una biblioteca de bibliófilo, entre un Elzevir codiciado y un Ibarra suntuoso. Días más tarde, ya ausente de los mercados en su apariencia original, empezó a mostrarse con varios disfraces en lugares apartados, hasta que la justicia intervino para ahuyentarlo. Todavía, sin embargo, tentaba la codicia de los poco escrupulosos que lo habían deseado, no sólo en tierras de América, sino también en España, y aun en Francia, en Italia y en Inglaterra, naciones donde crece poco a poco el interés por las letras americanas.

Las mejores cualidades de la poesía de Lugones se ostentan en este pequeño libro: su potencia verbal extraordinariamente fecunda en recursos de sonoridad y en felices combinaciones de imágenes no explotadas por nadie antes que él; una proporcionada y digna combinación de la gracia de la expresión y la fuerza del concepto, raras en un idioma un tanto rebelde a los medios tonos, en donde la literatura clásica oscila entre el torrente desbordado de la chacota queveduna, y la dulzura inasequible de Garcilaso, de Jorge Manrique o de Luis de León; y, por último, una vivacidad de emoción, obediente a las exigencias de su léxico distinguido y numeroso, que todavía se muestra en sus éxitos oratorios y en sus arremetidas contra el mal que para él asume formas amenazantes, así como avanzan los tiempos.

Uno de los caracteres distintivos de la inteligencia lugoniana es la aspiración ardiente de Zarathustra: superarse a sí mismo (Selbstüberwindung). En

poesía Lugones ha querido superarse siempre; anhelo digno de encomio y distintivo de las almas grandes. En ese empeño pasó su vida Goethe que miraba con desdén no fingido las páginas del Werther y sus poesías juveniles. Solamente los necios están contentos de sí mismos y se revuelcan, no sin deleite, en los pliegues del manto juvenil. Pero aunque la tendencia a renovarse es empeño de todo gran talento y de toda alma generosa, en la obra de arte de los mayores ingenios queda siempre la huella de los primeros éxitos: D'Annunzio promulgó el evangelio de la renovación y, sin embargo, en ninguna de sus últimas obras, ni siquiera en la vasta y deslumbradora serie de "Laudes", ni en sus recientes prosas, ha logrado obscurecer el encanto del "Poema Paradisiaco" o de su novela "L'Innocente," modelos de expresión armoniosa, de ingenio poético, de inventiva cautivante. Del mismo modo, Lugones, en sus diversos avatares y en sus amenas excursiones por varios senderos de la poesía, ha logrado con su bello talento de arífice crear nuevas joyas de brillo singular y preciosas cinceladuras; pero en todas ellas lo mejor es siempre lo más parecido a "Los Crepúsculos del Jardín", obra hermosa, obra duradera, en cuyas páginas buscamos los que ya no somos jóvenes, el recuerdo de los tiempos en que pasaban por el cielo de la poesía americana, símbolos nuevos, expresados en voces que nos parecía escuchar por vez primera.

Sea bienvenida la segunda edición de "Los Crepúsculos del Jardín".

Copyright by Babel.

LEOPOLDO LUGONES

LOS CREPUSCULOS DEL JARDIN



B. A. B. E. L.
 BIBLIOTECA ARGENTINA DE BUENOS AIRES EDITORIAL BABEL
 BUENOS AIRES MCMXXVI

LEOPOLDO LUGONES

ROMANCERO



EDITORIAL BABEL
 BUENOS AIRES MCMXXVI

LEOPOLDO LUGONES

FILOSOFÍCULA



EDITORIAL BABEL
 BUENOS AIRES MCMXXIV

LEOPOLDO LUGONES

ESTUDIOS HELÉNICOS

LA PUENSTA HELENA - UN PALADIN DE LA ILLIADA - LA DAMA DE LA ODISEA
 HECTOR EL DOMADOR



EDITORIAL BABEL
 BUENOS AIRES MCMXXIV

Leopoldo Lugones

por

Alberto Gerchunoff

QUE edad tiene Leopoldo Lugones? No consultemos las pequeñas enciclopedias que vienen de Barcelona. Ellas se han empeñado en anticipar el nacimiento del poeta y lo refieren con sólida certidumbre al año 1868. Y no es exacto, ni lo es tampoco el dato de un diccionario del mismo género y hecho con igual prolijidad, editado en París, según el cual Lugones nació en 1870. Leopoldo Lugones nació en la provincia de Córdoba, en Río Seco, en 1874. El hombre, como se ve, no puede quejarse de sus cuarenta y cinco años. Los ha vivido bien. Basta revisar la densa lista de sus obras publicadas para comprender que no ha perdido el tiempo desde los días ya lejanos en que empezó a verse su firma en los periódicos locales de Córdoba. Era entonces un recio muchacho que se anunciaba distinto de los demás por su escasa vocación por el doctorado, tan difundido en la región y que constituía, con el pariente cura, un rasgo nobiliario de las familias de pro. Otros caminos le llamaban. Ni el doctorado ni la iglesia solicitaban sus simpatías. Si aquello podía tolerarse con algún asombro, esto último ya daba que hablar a los tranquilos vecinos del barrio de San Francisco, donde pululaban los elegantes de la localidad, prontos siempre para salir con el cirio a la calle e infaltables tanto en la misa como en la confitería principal desde cuya acera se asiste a la retreta de la plaza. Y dió mucho que hablar, en efecto. Decía y hacía cosas raras. En las columnas de la prensa cordobesa comenzaron a aparecer versos que no estaban dentro de las reglas que desde hacía lustros incontables venían enseñándose en el grave claustro del colegio. Eran los versos de *Gil Paz*, su seudónimo de la iniciación.

En la rueda de amigos, Lugones exponía sus ideas literarias y filosóficas que dentro de poco debían traducirse en el principio de la obra fuerte y de la acción pública constante, que ha hecho de él en nuestro país a un continuo removedor de pensamiento, a un elemento destinado a inquietar el espíritu dirigiéndolo o exacerbándolo. Su nombre, aun no había llegado al tumulto de Buenos Aires. Sólo una vez, en la redacción de la extinguida *Tribuna*, Mariano de Vedia lo citó en una conversación al contar sus impresiones de un viaje a Santiago del Estero. Asistió allí a la inauguración de la estatua de don Lorenzo Lugones, coronel de la Independencia. Después de los oradores importantes, que habían volcado sobre el auditorio la elocuencia consabida de los homenajes, se irguió un joven de aspecto muy provinciano, que exaltó al hé-

roe con palabra inusitada en tales actos. Era Leopoldo Lugones. Mariano de Vedia, sin tener aún una noción precisa de aquella mentalidad que se abría, hablaba con entusiasmo de ese discurso oído al azar en una consagración cívica de Santiago. Años después vino Lugones a la metrópoli y cayó a *Tribuna* con una carta de Carlos Romagosa. Así empezó su conquista de Buenos Aires. Pero venía precedido ya de una fama inquietante. En Córdoba se contó invariablemente con su concurso para todas las parrandas subversivas, desde la prédica anticlerical hasta la propaganda de las ideas avanzadas, esas ideas avanzadas que suelen aterrorizar con tanta vehemencia a los que viven en el interior y se hallan todavía en el dulce período del azoramiento. ¿Habrán dejado de persignarse los excelentes contertulios de la universidad de hace veinte años al leer los artículos de Lugones en las columnas inflamadas de *Tribuna Libre*? Allí escribía la juventud tumultuosa de Córdoba, el núcleo hondamente descreído que florece con violencia en los cen-

HOMENAJE

Discuten los corazones a quien le alcanzó primero las flechas del *Romancero* de don Leopoldo Lugones.

Hay quien dice con decoro que están sus penas guardadas entre *Las Horas Doradas* de *Las Montañas del Oro*.

Y quien, al amor leal, llama a su herida, por fin: *Crepúsculos del Jardín*, *Lumario Sentimental*.

Bienhaya el cantar, bulbules, en nuestro tibio vergel, mientras esté *El Libro Fiel* ante *Las Puertas Azules*.

Palma y oro a las canciones de este clásico flechero. Es aljaba el *Romancero* de don Leopoldo Lugones.

Rafael Barrios

tros ortodoxos. Lugones era el jefe y el maestro. Buenos Aires no lo diluyó en sus poderosas corrientes. Al contrario. El espectáculo de la gran ciudad, en vez de desconcertarlo, acentuó su emprendedora energía y no tardó en ser una persona visible. En aquellos años funcionaba el Ateneo y en el Ateneo se libraba la vasta batalla entre los servidores de la tradición clásica, que gemían en vocativo, y los imprevistos defensores del nuevo movimiento artístico que tenían en Rubén Darío su expresión y su pauta. Lugones, señalado ya en Córdoba como revolucionario en literatura y en lo que no era literatura, se incorporó al grupo rebelde, acogido inmediatamente como la más alta esperanza de la escuela renovadora. Darío le llamó "el formidable Lugones", y en las redacciones se le citaba con admiración y con inquietud. Los clasicistas sostenían que el modernismo de la flamante poesía y la técnica flamante de esos destructores provenía del falseamiento del idioma. En las discusiones familiares del Ateneo, los adeptos del viejo rito solían exasperarse hasta perder la línea solemne de su postura al comparar la producción de los poetas ilustres con los ejemplos de los modernistas. Lugones se dedicaba a hacer el análisis de los versos que recitaban sus contrincantes. Lo hacía con agresivo buen humor, con prolija crueldad. Al principio apenas advertían al adversario venido de tierra adentro, pronto se vieron obligados a considerarlo; porque ese revoltoso poseía el don de atraer con la palabra, los encadenaba con su dialéctica potente y, además, sabía hasta la saciedad. Los clásicos fueron vencidos, los clásicos se retiraban del recinto cuando este hombre, de ademán vehemente y nervioso y de voz resonante, iniciaba una discusión. La aparición de su primer libro, *Las Montañas del Oro*, lo sacó del comentario reducido del círculo, de los debates apasionados del cenáculo para entregarlo a la polémica pública. En 1900, cuando yo frecuentaba el aula del Colegio Nacional, sus versos ya se discutían en la clase de retórica. Había dos partidos. Los abogados de la escuela clásica se agrupaban en torno del profesor y los revolucionarios levantábamos la nueva bandera y escribíamos orgullosamente en el pizarrón ejemplos sacados de *Prosa Profanas*, de *Las Montañas del Oro*, de *Castalia Bárbara*. Un día nos encargaron una composición sobre el alejandrino. Empecé a leer la mía: "Los mejores alejandrinos del idioma castellano se han escrito en Buenos Aires". Dicen así:

Es una gran columna de silencio y de ideas en marcha. El canto grave que entonan las mareas.

—¿De quién son estos versos? —interrogó el profesor con acento angustiado.

—De Lugones.

—¡Vete al patio, anarquista!

En la clase siguiente, no bien se sen-

Leopoldo Lugones

por

V. García Calderón

Es una fuerza de la Naturaleza", dicen los argentinos, tal vez porque no provoca la simpatía, sino la arrastra. Y a pesar de su indiscutible alicurnia, añaden otros: "Un indio bravo!" Pues es preciso detestarlo o quer-lerle.

Cuando se le quiere bien, se divisa en sus ojos aquel "delirio inspirado por los dioses" de que hablaba Sócrates en el "Fedro". Es un dionisiaco. Es un carrito eléctrico por donde pasan las más altas corrientes de lirismo. No puede estar tranquilo este hombre enjuto y atezado que os toma del brazo para aumentar la contundencia del argumento. Le tiemblan las piernas, por el cuerpo todo pasa y estalla en palabras sonoras aquella dispersa tempestad del ambiente que se humaniza en labios de orador. Kipling alabaría su catadura de espectador de mundos. Tiene sus gafas maliciosas, la curtida tez de Ulises transatlántico y la humildad tan orgullosa de llamarse exclusivamente periodista... arradle. Ya está en monólogo. Su mano patricia tiraniza las guías del bigote o ensaña el cuello para que sea holgado el resoplido o levante agresivamente los espejuelos para asertar el ojo desnudo. La idea prorrumpo en él como una estrofa. Se empeña Lugones al impugnar si le rebatís, inclina la cabeza para la acometida bovina; pero ya canta la careajada fresca y todo concluye en un "¡ché, querido!"

Es un hidalgo cordobés, bien lo sé; pero le busco seducciones de gauchó en la voz arrastrada o en cierta felina agilidad o en la parada instable de jinete argentino que está buscando el respaldo del caballo. Hay versos suyos que continúan el jadeo del galope o su vértigo; y nunca el mito del potro lírico fué más plausible que en esa tierra de poetas humildes que llevan la lira en el zurrón para cantar en la tapera de la china sus vidalitas dramáticas. Así, los beduinos de la pampa recuerdan al abuelo probable que después de gastar la pólvora en las desbocadas "fantasías", hace gemir la flauta de las noches árabes.

Cuando Lugones olvida sus habituales gongorismos y las excursiones por los Andes de su verso escarpado, tiene blanduras y requiebros de guitarra criolla. Cinco libros admirables, por lo menos, le acreditan maestro; pero él sien-

te la necesidad de hacinar obras como lápidas para colocar su estatua encima. Sarmiento debió ser así. Con tal premura insolente de acaparar disciplinas humanas, aquella intacta juventud de Lugones; pero ¡vágame Dios! un físico peor.

La mano velluda del Polifemo está templando guitarras. Sus últimos versos son de payador y Martín Fierro le hubiera cebado el mate amargo. El áspera dulza de los panales salvajes y los hombres enérgicos es la recompensa de su madurez. Como las famosas impresiones de un gauchó en una representación del *Fausto* que escribiera Estanislao del Campo, así los versos amatorios de Lugones parecen — y este es un elogio conmovido — la adaptación criolla de la *Vita Nuova*. Mirad a Beatriz en Palermo (el Palermo de Buenos Aires). El poeta conoce aquel "mirabile tremore" del sublime libro, mas no regresa a la "cámara de las lágrimas" ni queda "maravillosamente triste", sino inquieto, cuando más, inquieto sí y humilde en la giróvaga noche, porque el diamante nocturno está rayando el alma de vidrio. ¿Quién no la ha sentido entregada por esmeriles de Dios? La admirable "Endecha" de Lugones alcanza entonces dulzura acogojada, la temerosa ventura y ese arte del suspiro que maravillan en los sonetos y baladas de la *Vita Nuova*.

Pero el argentino Dante no es colérico ni asume la tristeza teológica del otro. Aquí resuena en el rumor fabril, en el rodeo de los centauros la serenata de un incrédulo sentimental que sólo cree en la vida: exclusiva fe de Lugones. Su optimismo es quizás la virtud menos pregonada y la más evidente de sus Juegos Frutales. Poesía de hombre de acción, que en la tierra libre y ubérrima lleva la camisa del hombre feliz, casto y fuerte como los Pelasgos. El me escribió en unos inéditos apuntes sobre su musa dilectísima — aquella Juana de Lugones canonizada ya por los dos poetas representativos de nuestra América — esta frase atrevida y risueña que pudiera servir aquí de epígrafe:

"Tengo la reputación de ser el marido más fiel de Buenos Aires y la me-rezco".

De "Nosotros", 1924.

De "Plus Ultra", 1919.

P O E M A S S
E L A L M E R Z O

ANTE la mesa puesta con aseado renuevo
De alemanisco y loza, la apacible familia,
Unida y cabal como un huevo,
Su hospitalidad concilia
A la cortedad encantadora
Con que me dice la señora:
—Va a comer usted de vigilia...
Mientras yo disculpo mi llegada a deshora.

Por la puerta que entornan a la ardentía externa,
Un rayo de luz oblicua
Parece que se licua
En profundidad de cisterna.
Mecida al aire, espéjase en la jarra
Una guía de parra
Que entra y sale junto al dintel.
Y al temblor de esa claridad verde,
El rayo de luz gana y pierde
Una onza de oro en el mantel.

Bajo el alero van, de cuando en cuando,
Las urentes avispas
—Que la rima y el sol truecan en chispas—
Al árido avispero regresando.

Por la rendija se ve el horizonte,
Tras una ceja de monte
Que en telescópica visión se destaca.
Y sobre la desierta amplitud,
Exhala el campo su quietud
En un ancho aliento de vaca.

Tuerce un tártaro ligero
El trago de vino casero
Con que, a la antigua usanza montañesa,
Bautizamos la mesa.
Para que mejor su ternura guarde,
Cortan recién el pan de anteayer tarde,
Que sobre el mantel nítido como una escarcha gris,
Parece que más cálida abizeocha,
Su epidermis de morocha
Salpicada por pecas de anís.

Justo es que entre uno y otro plato de respeto,
Formen el pan y el queso, en bocado completo,
Lo que el dueño de casa con rústico estribillo,
Llama "la yunta del zaino y el tordillo".

Por eso su cuchillo, aunque hartó avaro,
Taja con abundancia
La rugosidad-rancia
Que hinchan de botoncitos los escapes del aro.

Los mayores de mesa son tres: la consorte,
Muy lozana todavía,
El patrón, un viejo, sordo de apoplejía,
Y una cuñada de bastante buen-porte.
Come el niño a su lado; y está en la otra mitad,
Puesto siempre el cubierto de la hospitalidad.

En su pálida aureola,
Pasa la mayonesa, que al contorno,
Riza como una gola
De juvenil adorno,
El crespo nácar de la escarola.
Y al buen vaso de vino que merece,
En el trago profundo
Con que empinamos el cristal, parece
Que como un trompo inverso se nos da vuelta el mundo.

Con su sonrisa vacilante de sordo,
El dueño de casa pregusta el caldo gordo.
Y para que la esposa no se atrase,
En un ademán que a hurtadillas compensa,
Mantiene la cuchara suspendida
A la altura del labio, para un final de frase:

—La elección de Cárcano, dice, fué reñida;
Pero la oposición se hallaba dividida...
—Aunque aquí la ganamos canónica,
Concluye la patrona, que es gravemente irónica
En su nudoso porte de cabra dlstinguida.

Como él nada oye, aunque barrunta
Lo necio de intentar cualquiera pregunta,
Pide un poco de ají por aderezo;

P O E M A S S
E L A L M E R Z O

Y con gesto convincente,
Insta, ceceando confidencialmente:
—Sirvacé, pues, de quezo...

La cuñada, aunque un tanto jamona,
Interesa con su aseada persona
Y su circunspecta moderación
De doncella positiva,
Que estira, al sentarse, la falda esquivada,
Y baja los ojos con matrimonial prevención.
Por decoroso disimulo,
Nuestra mirada elude, alisando un rulo
Al niño callado
Que come a su lado;
Y que según dice más de un vecino,
Se le parece demasiado
Para ser su sobrino...

En eso, celebrando la visita,
Entra, en su arroz bermejo, la gallina importante,
Que impone el silencio de su triunfo, un instante,
Bajo el ardiente aroma de la cebolla frita.
Mandan llenar de nuevo la garrafa;
Y comentando nuestro delectable recato,
Al pie de la mesa el gato,
Pide con melindroso maullido su piltrafa.

Con chillido de crisol
En que trinan gulas supremas,
La tortilla de doce yemas
Resplandece como un girasol.
Y al rehusar, arriesgando un resentimiento,
Que salvamos al momento,
Con amistoso reproche
Por todo aquel derroche
Que el nuevo manjar corona
Con su ya inaceptable esplendor...

—Pero
Si no teníamos más que asado y puchero,
Y esa triste gallina... — suspira la patrona.

El mosto que su franca cordialidad nos vierte,
Quizá tenga para esta cosecha mejor suerte,
Nos dicen excusando su gusto un poco acedo.
Desde la puerta que abren, se ve, ahora, el viñedo;
Pues ya la sombra va segando, aunque es
La hora de más calor, entre las dos y tres.

Palidece la tierra. Huele el campo dormido
A retama quemada, como un horno barrido.
El silencio dilata su ámbito de barril.
Y una langosta chillaba, tan sutil,
Que parece metida en el oído.

En la dulcera que centellea
Su cristalino lucimiento,
Ofrecen la paciente jalea
Que a oro de fuego lento,
Acendra en larga delicia la tarea.
La otra del par en congelación remota,
Criticiza los blondos cascos de la cayota.
Y en el anaquel del testero,
Ofrecen las primicias de la estación,
Una fuente de higos y un plácido melón,
Junto a un manojito de espuelas de caballero.

Mas, ya el cigarrillo cordial,
Abre al soporoso desvelo
Su poquito de cielo
Quimérico y personal.
Todavía debemos alabar en el dejo
Del anisado añejo,
Al noble moscatel cuyo sabor
Saca al paladar, ya un tanto perplejo,
Un lirismo de ruiseñor.

A la exaltación del vívido zumo,
Sus espuelas azules clava el duende del humo.
Y cuando nos advierten que está puesta
La cama de la siesta,
Nos susurra a la oreja, ya un tanto abotagada,
Que no sería malo dormir con la cuñada.

Lento soplo los castos pámpanos desaliña...
Y en revelado logro de turgencia madura,
Amorotando ojeras de lóbrega dulzura,
Maridada a su poste se abandona la viña.

La obra de Lugones juzgada

por

Gabriela Mistral, Vasconcelos, Coronado y Giusti

LUGONES

EL caso de Leopoldo Lugones des-
concierta como ciertas riquezas inau-
ditas de la naturaleza. Este hombre
que es, por sobre todo, un artista, va
en un impetu de amor humano, hacia
cien actividades modernas. Es peda-
gogo, político—en alto sentido,— histo-
riador y ciudadano. Y en toda tierra
cava con hondura e imprime su sello
latino. Y lucha contra la rutina y la
plebeyez en cada artículo diario y en-
trega en cada poema nuevo una sensi-
bilidad depurada, sutilizada y hasta
un ápice de perfección que ni en Ru-
bén Darío conoció antes la América.

A rama de las ciencias como la Pe-
dagogía que han vuelto odiosa a pura
repetición de lugares comunes y a pura
sequedad de espíritu, trae su frescura
de fecundador, injerta savias nuevas
y casi insospechadas y nos devuelve
el Maestro que casi hemos perdido, el
hombre de la vida, por sobre el de los
sistemas y las fórmulas escuetas. Su
"Didáctica" es tan original como sus
poemas y está como "Las Montañas
del Oro" preñada de vida. El "Sar-
miento" es la única biografía ameri-
cana concebida tratada desde un
sentido y con una visión americanos.
Nunca en prosa nuestra "trabajó la
naturaleza" y se deslizó en la obra
literaria como aquí; prosa magnífica,
rica y calurosa de sangre, con relieve
y color intensos, escultórica sin rigi-
dez, viva y caudalosa como un Ama-
zónas. Sus cursos traen una orato-
ria nueva — el período castellano se he-
leniza sin perder abundancia, pero co-
rrigiendo el exceso. Como en el "Sar-
miento" la metáfora maravillosa sor-
prende, es punzadora, deslumbrante; la
emoción se derrama hacia la multitud,
bullente como de pecho americano, pero
el vaso que la derrama es griego por
la limpidez y la nobleza absoluta de la
línea. Las últimas poesía de Lugones
son como una transfiguración del idio-
ma. Es el castellano espeso y tereo,
ductilizado, espiritualizado hasta un
milagro de esaje o de cristal; es el
intento de Rubén Darío y de Amado
Nervo logrado, cumplido. En estos
maestros los motivos místicos fueron
ayuda y ambiente propicio. Lugones
aplica la transparencia de la frase a
motivos reacios, hasta hostiles, y llega
a lograr la misma o mayor elegancia
y nobleza; del paisaje espiritualizado
de azul, pasa al hogar sin que mengüen
la nitidez, la levedad ni la hermosura.
Por todo esto — y por otras cosas
más — es un suceso dentro de la his-
toria de la lengua la obra del Maestro
argentino y mantiene en una especta-

ción a los espíritus profundos y amoro-
sos en sentido estético. Enjurdia y
manto nuevos del castellano van na-
ciendo de estrofa a estrofa, de estudio
a estudio. La precisión y la seriedad
de un trabajo científico están en su la-
bor. No es sólo el "tañedor" ni el
vivificador de una lengua; es también
el arquitecto; es un mago al que sirven,
por igual, ciencia, música, colores y
líneas que ha divorciado la poesía de
lo sobrenatural para asentarla como
una pirámide, en tierra firme de con-
ciencia absoluta y de seria, sagrada
realidad. — Gabriela Mistral.

(De "Atlántida", 1919).

UNA VISITA A LUGONES

Lugones es muy europeizante, pero
no desdén lo indígena; su sala está
ajuarada con tapetes y cortinas de vi-
vos colores de fabricación indígena de
la región de Salta, ya cerca de Boli-
via, que es la única zona donde la Ar-
gentina tiene indios puros. Aunque el
tipo de Lugones es más bien de espa-
ñol, sin embargo su color es demasiado
moreno para que no tenga nada de
sangre indígena. Su inteligencia es
universal y su interés humano abarca
todos los temas. A mí me obsequió un
libro suyo sobre educación y escribe
constantemente sobre cuestiones socia-
les, políticas y artísticas; su estilo es
brillante, nutrido de imágenes; pero do-

LEOPOLDO LUGONES

ODAS
SEculares



BUENOS AIRES MCMXXIII

minado por la razón, es más cerebral
que emotivo. En aquellos días era muy
discutido por su cambio de frente con-
tra el socialismo; después ha hecho
profesión nacionalista cerrada; no es
posible estar de acuerdo con él, en
sus nuevas maneras; pero hay que ad-
mirarlo, porque además de genio poéti-
co y talento claro, posee aquel don que
nos acerca a lo divino: la bondad.

José Vasconcelos

(De "La raza cósmica", 1925).

EL REINADO DE LUGONES

A don Leopoldo Lugones le cabe el
honor de ser el primer escritor que
surgió de la "conmoción" modernista.
Tenía veintitrés años (1897) cuando
publicó "Las Montañas del Oro". Que-
dó inmediatamente consagrado como el
poeta más importante de su generación.
A su alrededor se agruparon las ju-
ventudes literarias, atraídas por su ma-
ravilloso don verbal. Especie de Hugo
criollo, con aleaciones modernistas, su
palabra era vibrante y profética. Na-
die mejor que él podía levantar la ori-
flama de la rebelión artística. Se le
rindió acatamiento y fué dictador y
pontífice.

No me es permitido desconocer la
influencia ejercida por Lugones en
nuestra evolución literaria. Viene rei-
nando desde hace cerca de treinta años.
Y aunque en los anales de su culto
figuran apóstatas y descreídos, es ne-
cesario convenir en que siguen atesta-
das de fieles las naves del templo.

Nicolás Coronado.

(De "El Hogar", 1924).

¡MAESTRO!

Al fin, el gran talento que desde
joven mostrara su varonil pujanza, su
franqueza valerosa, vuela por sus fu-
ros: en las "Odas Seculares" reaparece
el soñador de "La Montaña", pero
sosegado y madurado por la reflexi-
ón y la edad; reaparece el clarinea-
dor de "La gesta magna", más dueño
de un instrumento propio; reaparece el
descriptor criollo de "La guerra gau-
cha", pero corregido de su endiablado
amaneramiento; reaparece el bucólico
de "Los burritos", más consciente de
la fuerza artística que representa ese
su nativo don de pintar el campo con
naturalidad incomparable, puesto al
servicio de una amplia concepción poe-
mática.

Por fin Lugones nos ha dado las
lecciones de Belleza y Energía que yo
le pedía para poder llamarlo Maestro.

Roberto F. Giusti.

(De "Nuestros poetas jóvenes", 1908).

Los Crepúsculos del Jardín

por

Amador L. Lucero

EN aquella tertulia, anoche, se ha-
bló de Lugones.

Un joven de aspecto funesto, tan
raro, que parecía imaginario, dijo:

—Lo he visto algunas veces, en la
ópera y en los grandes bailes. Es un
aristócrata, impertinente con los hom-
bres. Ha tenido dos o tres lanceos de
honor, por razones desagradables, que
permiten dudar de su reingión y hasta
de su fe en Dios. Su cortesía con las
damas es perfecta; pero una niña in-
teligente me ha asegurado que se bur-
la de todas. Se pretende también más
noble que el Cid. El arzobispo Fonse-
ca no ha tiznado la claridad de su
estirpe, indemne de bastardías. Pero, al
mirarlo, se descubre lo que el conde
de Gobineau llama la gracia seducto-
ra del mesazo: una debilidad que ex-
cita todo género de perversiones. De
estatura mediana, delgado, esbelto, sus
formas de suave relieve sugieren la
imagen del cuerpo de un ercabo, con
su incierta belleza. Es moreno, de ese
matiz andaluz cálido y límpido. Sería
feo, por su hocico, modelado para be-
sar, de gruesa nariz camuza, sobre la
boca de labios muy rojos y exuberan-
tes, en avanzados maxilares; pero sus
grandes ojos azules, entre pestañas cur-
vas y retintas, bajo cejas negras, per-
filadas, hermosísimos en su luminosa
perseverancia, difunden en su extraña
fisonomía una expresión dulce y ab-
sorta. Sobre la frente, alta y tersa, el
pelo sedoso y renegrido ondula hacia
atrás, desde una línea de arranque,
curva hasta las abiertas entradas de
las sienes, que son finas como las de
una mujer. Tiene las orejas pequeñas,
nacaradas y alertas, como facciones
probantes de inteligencia. Un bigotillo,
levantado y muy negro, acentúa
su boca excesiva y le da un aire fa-
tuo. Se viste con una corrección lon-
linense. Sería elegante, si no llamara
la atención, con chalecos de sedas ex-
traordinarias y con joyas absurdas,—
anillos, botones, afileres de corbata,—
de labor preciosísima y de riqueza in-
creíble. Prefiero los terciopelos y el
moaré antiguo; los ópalos y los ru-
bies, engarzados entre prodigiosas cin-
celaduras, con fusas como arabescos, a
simple vista,—quiméricas obscenidades,
bajo una lente. Tiene, prendido de una
sarta de perlas sonrosadas, un reloj
aún más chato que el de Ponciano. Usa
de aquellos célebres guantes de Brum-
mel, que Barbey d'Aurevilly descri-
bía, complacido. A veces se perfuma
de fragancias violentas y fuma ciga-
rillos turcos, tan aromáticos que, de
lejos, revelan su fantástica presencia.
Es mi íntimo amigo; pero no nos he-
mos hablado sino en dos ocasiones. La
primera, en el umbral de un palacio.

Terminaba una fiesta del invierno an-
terior. Pasó ante nosotros la señora
más bella de Buenos Aires. Iba del bra-
zo de su marido, un patán dorado. En-
tonces, al oído, me dijo:—"les vrais
don Juan finissent meme par regader
les femmes comme le parti ennemi, et
par se réjouir de leurs malheurs de
tous genres". La frase es de Stendhal.
En seguida, por segunda vez, una no-
che de plenunio de este último vera-
no, lo he encontrado, muy tarde, cami-
nando solitario, por un boulevard de-
sierto. Se detuvo a decirme que "Las
montañas del oro" agravian el buen
tono, con sus demasías líricas y que,
después de "Los crepúsculos del jar-
dín" publicará su libro supremo, titu-
lado "A la luna"... Sé que lleva una
vida misteriosa, en un lujo inaudito...

Hubo un penoso silencio en la re-
unión. Los amigos esquivaban mutua-
mente sus miradas, divagantes y afli-
gidas. El joven se había puesto de pie.
Fué como un sonámbulo hasta la puer-
ta del salón. Levantó un paño de las
graves cortinas; y volviéndose, en una
de indescriptible distinción, cuyo se-
creto se ha perdido, hizo una lenta
reverencia y desapareció.

El psiquiatra,—ya sabéis, el psiqui-
atra desconocido en las academias, co-
mo debe serlo un conocedor de almas,
—el psiquiatra, más habituado al es-
pectáculo de la demencia, recobró la
palabra, por pundonor profesional.

—Tendría razón nuestro pobre loco,
—dijo, con acento un poco emocio-
nado,—tendría razón nuestro pobre ami-
go,—repetió, como re-capacitando,—si
los poetas fueran sinceros, como fue-

LEOPOLDO LUGONES

CUENTOS
FATALES



EDITORIAL BABEL
BUENOS AIRES MCMXXIV

ron Poe, Byron, Musset, Kleist y Al-
fieri. Pero los tiempos han cambiado.
La gloria se ha hecho burguesa. Ver-
laine ha comprometido con sus desór-
denes la admirable musa lírica, de que
fué rufián afortunado. Yo conozco a
Lugones. Sus maneras son las de un
hombre sencillo, respetuoso con los ton-
tos, vegetariano sin convicción, bur-
crata sin excesos de celo. No he per-
cibido nunca en su agradable relación
los indicios reveladores del poético des-
quicio, que los románticos han dejado
suponer, como condición esencial del
arte de rimar. Su austeridad de socia-
lista desengañado por los socialeros es
incompatible con la desmedida afición
a las sederías y a las joyas. Las vir-
tudes de su hogar desmienten el don-
juanismo de sus poemas. Las ínfimas
preocupaciones de la pobreza y su ro-
busta sensatez protestan contra el pe-
dedero de tiempo de la luna. En resu-
men, personifica la moralidad normal,
de los artistas sanos, sutiles e inteli-
gentes, tan contrariada por el alcoh-
olismo y las extravagancias de aquellos
poetas célebres. Sin duda, tiene un
temperamento muy sensible a la bello-
za; pero su sensibilidad no significa
una desarmonía. Por el contrario, la
intensa cultura, que requiere su traba-
jo artístico, garante la ponderación
mental, de que goza. Los imbéciles y
los malvados, que desacreditan la li-
teratura y el periodismo, no comprenderán
jamás cuánta es la suma de volun-
tad y de inteligencia, exigidas por la
exquisita tarea de la versificación. La
riqueza verbal de Lugones vale un te-
soro. Las anotaciones de su diccionario,
palabra por palabra, en una prolijidad
vertiginosa, forman un caudal enorme
de imaginaria inexplorada. Sus senti-
dos, siempre ávidos, nunca esclaviza-
dos, ni aún bajo la atención más es-
forzada, recogen estas figuras asom-
brosas, estas acepciones improvisas, que
infunden la animación poética a los
sentimientos triviales o heroicos. En el
puro lirismo de Poe o de Heine, poe-
sía de climas nublados, de razas rubias,
de lenguas rítmicas, la metáfora no
es substancial como en esta poesía de
países solares, de etnogenias extremas
y de idiomas sonoros, cuyas sílabas no
danzan los clásicos pasos de los anti-
guos versos, sino que vuelan, melódi-
cas, musicales, efímeras... Percibir la
metáfora, como un aspecto inesperado
de la naturaleza y del alma y formu-
larla en la instantánea oportunidad de
la rima,—este doble ejercicio represen-
ta en su esencia el éxito del verso.
Así y no de la otra, ajena manera,—
imitativa, libreca, vil,—así, en su jar-
dín ilusorio, Lugones suscita innumerás
evoaciones de crepúsculos, marchitos
o luminosos, de crujientes sedas o de
íntimas baustas, de besos diversos, de
mujeres más alterantes que las dan-
nuncianas y de la luna, siempre dife-
rente, como las noches... Lo demás,
el vocabulario y la rima, de constante
y estupenda novedad, proceden de aná-
logos afanes, que clasifican las sinoni-
mias, reavivan los anticuados, inventan
los neologismos y se burlan de la aca-

demia, por sus propias razones; para combinar las armonías de las vocales y de las consonantes, los distintos sonidos, graves, cristalinos, blandos u obsesores y los acentos intensos o leves, rampantes o alados...

—¡Qué admirable laboriosidad!—exclamó un diputado, uno de esos diputados inevitables como la democracia. El psiquiatra, irascible como todos los sabios ignorados, lo miró de reojo, disimulando su descontento. Se preparaba a exponer su teoría psicológica del ritmo par e impar, fulminante para la rutina vigente. La interrupción le hizo advertir que los amigos tenían las caras adormecidas. Se resignó a dejar ahí, inconclusa, su conferencia.

Entonces el dueño de casa,—anciano amable, tan amable que rara vez hablaba de lo que no entendía,—deploró que ciertos poemas de Lugones no tuvieron un sentido, lo bastante nítido, para ser excelentes; y sobre este punto, persuadió a sus visitantes de que los grandes poetas han producido siempre versos muy claros, divinamente claros.

El caso Lugones-Herrera y Reissig

por
J. Pereira Rodríguez

EN el prólogo de la edición Garnier, de "Los peregrinos de piedra" (1912), decía el escritor venezolano don Rufino Blanco Fombona: "En 1905 aparecía en Buenos Aires un libro de Leopoldo Lugones titulado "Los Crepúsculos del Jardín". En ese volumen puso en circulación Lugones, con más éxito que el uruguayo, e imprimiéndoles sello y nombre, todas las novedades de Herrera y Reissig". Tal afirmación, por proceder de escritor americano y, aparentemente, tan conocedor de las literaturas americanas produjo estupor. La prensa porteña, pronta a obtener un motivo de posible repercusión y trascendencia, tomó base en dicho prólogo—que encerraba, al propio tiempo, una severa acusación—para iniciar una encuesta con el fin de aclarar el punto que suscitaba la rotunda afirmación transcrita y otras vehementes declaraciones, que el fuerte temperamento de Blanco Fombona explicaba. Fue "Crítica"; uno de los difundidos rotativos bonaerenses, el que llamó a opinar sobre el caso planteado. El señor Blanco Fombona sostenía que la prioridad de Herrera y Reissig sobre la labor poética de Lugones, especialmente sobre los sonetos endecasílabos de "Los Crepúsculos del Jardín", era concluyente ante la "razón cronológica, más al alcance del vulgo". La confusión era clara y el error evidente. Como tuve oportunidad de aclararlo en aquella oportunidad, Blan-

Agrego que este defecto desaparecería en los nuevos cantos de Lugones, según las promesas de su talento, de su juventud y del progreso adquirido sobre sus anteriores poesías, algunas de más detestable obscuridad. Afirmó que las cuales están desvalorizadas por la todos los poetas argentinos sometidos a concurso, no harían nada comparable a la belleza de ciertos versos de "Las montañas del oro", del "Himno a la luna"—colosal bufonada lírica—y de "Los crepúsculos del jardín"; y que el lirismo irónico y delicado de Lugones señala—to the happy few—nuestra manifestación artística más excelsa, en absoluto, sin necesidad de nivelarla con las ineptias preconizadas por las coterias periodísticas y el patriotismo municipal...

Sintiendo que se acaloraba, como hombre prudente, se calló. Un nuevo silencio, sereno y grato esta vez, sucedió a sus palabras. Sirviéronles el té, en ese momento; y los amigos cambiaron de conversación.

De "Tribuna", julio de 1905.

Usted pone las cosas en su punto con argumentos incontestables e introduce, acaso por primera vez, el fonógrafo como testigo de originalidad en literatura.

Y completaba su pensamiento, con esta bella confesión:

Siempre me había parecido digna de admiración la actitud de Lugones; pero ahora me parece no solamente admirable, sino nobilísima. Le bastaba hablar para poner en evidencia su originalidad; pero, por respeto a una memoria querida, acaso por la delicadeza del armiño que se deja atrapar de los perros antes que entrar a una agua fangosa, Lugones ha guardado silencio doce años seguidos, como si la verdad no necesitase defensa.

Ahora, como un dato más que viene a corroborar la prueba antedicha, Horacio Quiroga, en "El Hogar" de Buenos Aires, de julio 17 de 1925, manifiesta que en 1898 se publicaron en la revista literaria "La Quincena" del mismo Buenos Aires, "Los doce gozos" lugonianos y que fué el mismo Quiroga quien se los dió a conocer a Julio Herrera y Reissig. Está pues, suficientemente probada la prioridad de Lugones, desde que los sonetos de Herrera fueron muy posteriores a la fecha denunciada por Quiroga.

Cierto que, según lo ha dicho, a raíz de mis pruebas, el propio Lugones, fué allá en su Córdoba natal, y en 1894, que inspirado por las sonatas de Beethoven, ejecutadas por la señorita Mercedes Bengtown, empezó a forjar sus admirables sonetos.

Y ya lo he dicho en otra oportunidad que tal como lo quería Beethoven, la inspiración lugoniana va desde lo más objetivo hasta lo más recóndito y cumple de este modo, el método beethoveniano de componer teniendo siempre el conjunto ante los ojos para que pueda esparcirse todo lo que se tiene en el corazón.

Está dicho que procediendo su manera de la adaptación del tema musical, no era necesaria la previa lectura de Samain para alcanzar el lírico propósito.

Por otra parte, la misma médula emocional, llena las vértebras de los versos de "Las Montañas del Oro" y se esparce por "Los Crepúsculos del Jardín". Y conviene destacar que "Las Montañas del Oro" aparecieron en 1897; precisamente, el mismo año en que se editó la edición corriente de "Au jardin de l'infante"; pues la edición princeps quizás no había llegado a Córdoba, debido a su restringida edición.

Pocos días hace, el crítico uruguayo Alberto Zum Felde, comentando una contra-crítica nuestra, manifestaba que aunque se comprobara el dato de la prioridad de Lugones sobre Herrera, él sería de un valor muy secundario. Discrepamos con tal criterio. Y por ello insistimos en aclarar la génesis de esta modalidad tan característica del endecasílabo lugoniano, puesto que proclamar la verdad es una manera leal de dar a cada uno lo que, en justicia distributiva, le pertenece.

Uruguay, Terinta y Tres. 1925.

OBRAS COMPLETAS DE LEOPOLDO LUGONES

VERSO

LAS MONTAÑAS DEL ORO	agotado
LOS CREPUSCULOS DEL JARDIN	2.50
LUNARIO SENTIMENTAL	agotado
ODAS SECULARES	2.50
EL LIBRO FIEL	5.—
EL LIBRO DE LOS PAISAJES	agotado
LAS HORAS DORADAS	"
ROMANCERO	2.50

PROSA

LA REFORMA EDUCACIONAL	agotado
EL IMPERIO JESUITICO	"
LA GUERRA GAUCHA	"
LAS FUERZAS EXTRAÑAS	"
PIEDRAS LIMINARES	"
PROMETEO	"
DIDACTICA	"
HISTORIA DE SARMIENTO	"
EL EJERCITO DE LA ILIADA	3.—
EL PAYADOR	8.—
MI BELIGERANCIA	2.—
LAS INDUSTRIAS DE ATENAS	2.50
LA TORRE DE CASANDRA	2.—
EL TAMAÑO DEL ESPACIO	1.—
ACCION	agotado
FILOSOFICULA	2.50
CUENTOS FATALES	2.50
ESTUDIOS HELENICOS	5.—
LA ORGANIZACION DE LA PAZ	1.—
EL ANGEL DE LA SOMBRA	2.50

Pedidos a la Librería "EL ATENEO"

FLORIDA 371

U. T. 2801, Refiro

BUENOS AIRES

EN LOS PRIMEROS DIAS DEL PROXIMO MES DE JULIO
 PONDREMOS EN VENTA UNA OBRA DE GRAN INTERES
 PARA ERUDITOS, PROFESORES Y ESTUDIANTES

Manual de la Historia de la Literatura Española

DESDE SUS ORIGENES HASTA NUESTROS DIAS

POR

J. FITZ MAURICE-KELLY

TRADUCCION, PRÓLOGO Y NOTAS

de B. SANIN CANO

Un volumen de más de
 200 páginas en papel pluma
 al precio de
 \$ 3.-

UNICA EDICION AUTORIZADA
 COPYRIGHT BY BABEL 1926

OBRAS DE HORACIO QUIROGA

HISTORIA DE UN AMOR TURBIO (NOVELA) Nueva edición corregida	\$ 2.00
CUENTOS DE AMOR, DE LOCURA Y DE MUERTE ..	\$ 2.50
EL SALVAJE (Segundo millar)	\$ 2.50
CUENTOS DE LA SELVA (Para los niños)	\$ 1.50
LAS SACRIFICADAS (Teatro)	\$ 1.50
ANACONDA (Segundo millar)	\$ 2.50
EL DESIERTO (Segundo millar).....	\$ 2.50

OBRAS DE FERNANDEZ MORENO

POR EL AMOR Y POR ELLA	\$ 2.00
CAMPO ARGENTINO	\$ 2.00
NUEVOS POEMAS	\$ 2.00
MIL NOVECIENTOS VEINTIDOS	\$ 2.00
EL HOGAR EN EL CAMPO	\$ 2.00
ALDEA ESPAÑOLA	\$ 2.00

BIBLIOTECA UNICA

El más grande acontecimiento literario de los últimos años. Varios miles de títulos de los mejores autores entre los cuales Rodó, Azorín, Villaespesa, Da Verona, Amado Nervo, Rubén Darío, Gomez Carrillo, Hermanos Quintero, Márguina, Eça de Queiroz, Ardel, Palacio Valdéz, Barbusse, Anatole France, etc.

Ediciones originales, impresas con esmero y en papel de lujo, caratulas en colores variados.

Pida en todas partes

BIBLIOTECA
 U N I C A

al precio de
 cada tomo.

1²⁵
 \$

VENTA AL POR MAYOR: AGENCIA GENERAL DE LIBRERIA Y PUBLICACIONES Rivadavia 1573

AUTORES ARGENTINOS

QUE HAN CONFIADO
SUS EDICIONES A **CALPE**

ARTURO GANCELA

Tres relatos porteños

Un humorismo agudo, una certera
pintura de caracteres

Un volumen: \$ 2 m/n.

HORACIO QUIROGA

La gallina degollada

Libro intenso y fuerte, de enorme emoción
y suave humorismo muy moderno.

Un volumen: \$ 2 m/n.

BENITO LINCH

El inglés de los gúesos

Uno de los mayores éxitos literarios
de España y América

Un volumen: \$ 2 m/n.

OLVERIO GIRONDO

CALCOMANIAS

Una visión de España humorística; burlona, cru-
da envuelta en las más curiosas imágenes y
en un estilo personalísimo y original

Un volumen con dibujos en colores
por el mismo autor \$ 2 m/n.

En las Ediciones **CALPE**

figuran también estas dos obras notables de la literatura
argentina

FACUNDO

de Sarmiento \$1 m/n.

MARTIN FIERRO

de Hernandez \$ 0.75 m/n.

Y además **CUENTOS DE LA PAMPA** de Ugarte \$ 0.75

Publicadas todas tres en la famosa COLECCION
UNIVERSAL CALPE, excelente colección de
libros de los más celebrados escritores, admira-
blemente presentada y a precios fuera de toda
competencia

PIDANSE EN TODAS LAS LIBRERIAS

Suipacha 585 **CALPE** Buenos Aires